

EL ARCHIVO DERRIDEANO COMO METARREPRESENTACIÓN

Franco Frare

Facultad de Psicología Universidad Nacional de Córdoba, Argentina

Abstract

The following article means to provide an alternative to the archive notion introduced by Jacques Derrida in his work entitled *Archive Fever*. This aims to prove that Derrida's archive can be understood as a kind of epistemological framework to understand the functioning and dynamics of representation as a psychological mechanism. As with memory, Derrida's archive sets the conditions under which the representation can be thought of even if the approach seeks to raise questions rather than provide definitive answers. In this regard it is possible to consider the archive as a meta-representation, as if it was beyond representation and the logic behind it, and yet, it covers and comprises them. It is precisely cognitive psychology that has a concept of meta-representation which deserves to be considered and can make clear, by contrast, the point of this article.

Keywords

<Derrida> <archive> <representation> <meta-representation>

Resumen

El presente artículo pretende brindar una lectura alternativa a la noción de archivo presentada por Jacques Derrida en su trabajo titulado *Mal de Archivo*. Se busca demostrar aquí que el archivo derrideano puede entenderse como una especie de marco epistemológico capaz de comprender el funcionamiento y la dinámica de la representación como mecanismo psicológico. Como sucede con la memoria, la propuesta del archivo establece las condiciones bajo las que puede pensarse la representación aun cuando el abordaje pretenda, principalmente, problematizar y no brindar respuestas definitivas. En este sentido es posible considerar al archivo como metarrepresentación, como un más allá de la representación y su lógica y que, sin embargo, las abarca y comprende. Precisamente la psicología cognitiva posee un concepto de metarrepresentación que merece ser examinado y que puede hacer evidente, mediante el contraste, lo aquí se busca señalar.

Palabras clave

<Derrida> <archivo> <representación> <metarrepresentación>



Fecha de recepción: - Fecha de aceptación
Representaciones, Vol. XII, N°1- Jul. 2016 pp 13-29
©SIRCA Publicaciones Académicas - leminhot@gmail.com

I. Introducción

El presente artículo pretende brindar una lectura alternativa a la noción de archivo presentada por Jacques Derrida en su trabajo titulado *Mal de Archivo* (1997). En dicho trabajo, el filósofo argelino francés relaciona las problemáticas de la existencia y conservación de archivos, la fidelidad de la memoria, la historia del judaísmo y las incumbencias del psicoanálisis. La tesis que nos interesa aquí es la que afirma que un debate en torno al archivo comprende las cuestiones de la memoria y el recuerdo pero que no se reduce a estas. Se pretende demostrar que el archivo derrideano puede entenderse como una especie de marco epistemológico capaz de comprender el funcionamiento y la dinámica de la representación como mecanismo psicológico. Al mismo tiempo, representaría una crítica a la metafísica de la presencia que subyace en distintos representacionismos. Como se verá, la problemática del archivo devuelve la investigación sobre la memoria y la representación a una dimensión política, incluso archipolítica. Como sucede con la memoria, la propuesta del archivo establece las condiciones bajo las que puede pensarse la representación aun cuando el abordaje pretenda, principalmente, problematizar y no brindar respuestas definitivas. En este sentido es posible considerar al archivo como metarrepresentación, como un más allá de la representación y su lógica y que, sin embargo, las abarca y comprende. Precisamente la psicología cognitiva posee un concepto de metarrepresentación que merece ser examinado y que puede hacer evidente, mediante el contraste, lo aquí se busca señalar.

Es necesario, sin embargo, realizar una precisión antes de comenzar a considerar lo que puede ofrecer la noción de archivo. En un ensayo sobre la obra de Derrida el filósofo Richard Rorty (1993) da cuenta de una disputa entre los lectores y comentaristas estadounidenses del pensador francés.

Por una parte están quienes admiran a Derrida por haber inventado una nueva forma de escribir –espléndidamente irónica– acerca de la tradición filosófica. Por otra están quienes le admiran por haber-nos proporcionado argumentos rigurosos en defensa de conclusiones filosóficas sorprendentes (169).

Geoffrey Hartman y el mismo Rorty estarían dentro del primer grupo y otros autores como Gasché y Christopher Norris entrarían dentro del segundo. En este trabajo partiremos de la premisa de que no es necesario elegir entre una u otra posición. Diremos, de la misma manera que Culler (1982: 85), que Derrida consigue hacer ambas cosas. Y podríamos agregar, deconstruye al hacerlo la misma dicotomía planteada. El intento de llevar hasta su límite la metafísica no podía remitirse a escribir sobre ello y requería gestos que desarmasen los mismos formatos criticados. Esto se ve muy claramente, por ejemplo, en *La Tarjeta Postal* (2001). De esta forma, la noción de *archivo* parece ser al mismo tiempo una especie juego lingüístico y una seria propuesta filosófica. Si decidimos aquí hacer hincapié en el segundo aspecto es porque este sirve mejor a lo que se pretende señalar y no desconocemos lo que

Rorty llama la ironía (que no cinismo) derrideana.

II. El archivo

Derrida comienza el texto *Mal de Archivo* señalando lo que distingue las problemáticas del archivo y de la memoria. La memoria suele entenderse como la recuperación del pasado, la vuelta a un momento anterior y que incluso puede remontarse hasta un origen. Por otra parte, el filósofo reconoce que no posee un concepto riguroso de archivo, sólo tiene una impresión, una noción vaga. La naturaleza misma del archivo hace que sea imposible definirlo o abarcarlo. Por un lado, una definición unívoca es el resultado de una operación archivadora y es precisamente lo que Derrida trata de evitar (1997: 37). Pero también es cierto que el avance científico presenta nuevos métodos de archivar que revolucionan tanto lo que se puede concebir como archivo en determinado momento histórico como a la sociedad que experimenta esos cambios. A su vez, la ciencia se apoya en esos avances en más de un sentido. Derrida llegaría al extremo de afirmar que la ciencia consiste precisamente en una transformación de los mecanismos de archivación (22). Podemos aquí hacer alusión a los cambios impuestos por tecnologías como las del disco rígido *-hard-drive-* de los ordenadores, el e-mail y, recientemente, el llamado almacenamiento en la nube o la Web 2.0. Todo esto va acompañado de un progresivo aumento en la capacidad de almacenamiento de los diferentes dispositivos.

Es posible señalar, sin embargo, algunas características que parecen comunes al procedimiento archivador. El primero es el espacio, no puede existir un archivo sin un lugar de almacenamiento sobre el que se establecen marcas *-cerebro, inconsciente, biblioteca, disco rígido, DVD-*. En segundo lugar, un archivo requiere un procedimiento de grabado y recuperación que suele tener un código *-binario, postal, genético, de barras-*, una especie de ley que rige el archivo. Finalmente, un afuera en el que encontramos a aquel que lee e interpreta el código, o mejor dicho, el que tiene el privilegio de hacerlo, pues no sólo conoce el código sino que también tiene acceso al espacio en el que se archiva. Esta figura es la del arconte, *arkhon*. La palabra significa dirigencia y en la antigua Grecia hacía referencia a magistrados que ocupaban los puestos más importantes en el gobierno. El edificio en el que el arconte ejercía su labor era llamado *arkheion*

y el conjunto de los documentos públicos allí albergados se llamaba ta arkheia, palabra que en latín tardío dio lugar a archivum, que llegó al español como archivo (Soca, 2006: 33).

A partir de *arkheion* también habría surgido la palabra *arkhé*.

Arkhé, recordemos, nombra a la vez el comienzo y el mandato. Este nombre coordina aparentemente dos principios en uno: el principio según la naturaleza o la historia, allí donde las cosas comienzan –principio físico, histórico u ontológico–, mas también el principio según la ley, allí donde los hombres y los dioses mandan, allí donde

se ejerce la autoridad, el orden social, en ese lugar desde el cual el orden es dado -principio nomológico (Derrida, 1997: 9).

El archivo, sugiere Derrida, da cuenta del comienzo por mandato de algún tipo de autoridad -usualmente el Estado- pero también es cierto que la autoridad requiere de ese lugar que otorga conocimiento privilegiado frente al origen histórico y ontológico. Se ha señalado en numerosas ocasiones cómo las escuelas enseñan que el origen de la patria fue glorioso y estuvo plagado de héroes, por lo tanto el país en cuestión es fruto de hazañas del pasado a las que debemos respeto y que demarcan nuestro propio compromiso para con él.

La memoria sería un caso particular de archivo o de archivación, independientemente de que consideremos a aquella como individual o como social. Los sucesos se asientan sobre un espacio que puede ser el sistema nervioso, la mente, periódicos o libros. Existe un mecanismo por el que se graba el suceso como la imprenta -en el caso distintos tipos de documentos- o la potenciación a largo plazo y distintos medios por los que se recupera lo grabado. La figura del arconte es un punto mucho más problemático y trataremos de elaborar una respuesta más adelante.

En cualquier caso, aquí se hace evidente que no se puede salir del archivo, no se puede escapar a su lógica. No hay meta-archivo (Derrida, 1997: 75). Por un lado ningún elemento es en sí mismo una evidencia o prueba sino es en un contexto en el que se lo acepta como tal en virtud de cierto poder *arcóntico*. Podemos remitirnos, por ejemplo, a las fotografías y tatuajes (pero también a los recuerdos) de Leonard Shelby, el protagonista Memento (2000). Esto demuestra que ninguna evidencia se sostiene a sí misma. Por otro lado y directamente relacionado con el punto anterior nos encontramos con que los eventos no traspasan realmente al formato que los archiva. Aquello que registra no guarda dentro de sí el evento u objeto. Lo que sucede se parece más a una impresión. El suceso deja marcas, huellas en el espacio que se archivan y eso brinda la sensación de conservación. Resulta que no es de ninguna manera evidente que aquello que aparece frente a nosotros sea siempre lo mismo. ¿Podemos tener dos veces la misma representación? Un documento al que no se le introducen cambios ¿es el mismo siempre que lo ejecutamos en nuestras PCs? ¿Una reliquia arqueológica es la misma a medida que pasa el tiempo? De esta forma, no habría posibilidad de volver con certeza al pasado (y menos aún al origen) porque este no quedó nunca registrado como tal, sólo hay huellas y huellas de huellas. Esta se convertirá en una de las principales críticas al concepto clásico de representación.

Finalmente, nos encontramos con el verdadero mal de archivo, que no es otra cosa que la destrucción o borrado de la misma operación de archivación. Un archivo sería incapaz de registrar la operación que lo constituyó. Y es que un concepto como el de *arkhé* no es fácil de archivar (Derrida, 1997: 10). De esa forma se cae en lo que usualmente se entiende como naturalización del *statuo quo* y, en definitiva, en la metafísica de la presencia. Una situación contingente o accidental aparece como necesaria. El emergente de una performance aparece como una sustancia. Derrida afirmaba que el mal de archivo está muy bien descrito mediante la pulsión de muerte propuesta por el psicoanálisis freudiano (Derrida, 1997: 18-19). Esta atenta contra todo

orden, destruye silenciosamente el archivo. Incluso puede hacerse pasar por placer, pero nunca someterse a este. Borra así la constitución del archivo dejando la sensación de descubrimiento. Precisamente el psicoanálisis se habría acercado más que cualquier otra ciencia o disciplina a la formulación de la dinámica del archivo y, de hecho, habría cuestionado durante más de un siglo la violencia archivadora presente en toda sociedad.

El mal de archivo permite que se cometan atrocidades en nombre de lo que es sin lugar a dudas. Por eso sería importante mantener abierta, inconclusa la misma noción de archivo. Sucede que no es el contenido lo que le da forma al archivo sino que, por el contrario, son las características del archivo las que determinan qué se archiva y de qué forma lo hace.

La estructura técnica del archivo archivante determina asimismo la estructura del contenido archivable en su surgir mismo y en su relación con el porvenir. La archivación produce, tanto como registra, el acontecimiento (Derrida, 1997: 24).

Entonces nos encontramos con que el archivo ya no sólo se refiere al pasado desde un acto de fundación presente; también condiciona la misma posibilidad del porvenir. Derrida utiliza la palabra porvenir en lugar de futuro para hacer referencia a una especie de "algún día" que no pueda considerarse como un futuro-presente, localizable o pre-determinado de alguna forma.

III. La Metarrepresentación

En la actualidad distintos psicólogos de orientación cognitiva y neurocientíficos explican el comportamiento humano recurriendo al concepto de representación. La propuesta no es en absoluto nueva, por el contrario, se desarrolla en el ámbito de la filosofía antigua y, con numerosas variaciones a lo largo de la historia, llega hasta nuestros días. Simplificando y generalizando un poco podríamos decir que la idea es que el ser humano aprehende información de su entorno y su propio estado, almacena ese conocimiento en su sistema nervioso —o mente— y trabaja con él para evaluar su comportamiento y adaptarse de manera más o menos activa a su entorno. Un ejemplo de representación podría ser una imagen visual o auditiva.

La representación entendida en este sentido está necesariamente relacionada con la representación en sentido estético, político y simbólico como Derrida señala en *Envío* (1982). Sin embargo no es tan claro cómo se relaciona la propuesta del archivo con las otras acepciones del término representación. Por lo tanto, aquí abordaremos de manera exclusiva aquello que corresponde al aspecto psicológico, pero también epistemológico de dicho término.

Cabe aclarar que las propuestas representacionistas no son de ninguna manera uniformes. Puede defenderse que aquello que se presenta a la conciencia existe y lo conocemos tal y como realmente es o, por el contrario, puede sostenerse que sólo conocemos nuestra propia representación. Algunos autores sostienen que es posible ubicar el lugar en el que se almacena una representación mientras que otros afirman que estas se encuentran distribuidas en el sistema nervioso. También habría que distinguir entre las propuestas mentalistas y aquellas que recha

zan la existencia de la mente. Sí es cierto que hay bastante consenso al momento de considerar que lo que se procesa y almacena es información. Esto aparece con mucha fuerza en el siglo XX y precede al auge de las computadoras y de la psicología cognitiva, como es el caso de Luria (1987). Así, por ejemplo, para Young (1978) el conocimiento y la información se almacenan en el cerebro de la misma forma que el conocimiento se graba en libros o computadoras (192). Kandel (2001) también se refiere en numerosas ocasiones a la memoria como almacenamiento [storage] de información. En cualquier caso, considero que la definición dada arriba es lo suficientemente comprensiva como para abarcar todas las distintas variantes de la propuesta representacionista.

En este contexto, la metarrepresentación es la capacidad de saber o especular sobre las representaciones con las que otra persona está operando. Se trataría de representaciones de segundo orden ya que el individuo X representaría que el individuo Y tiene determinada representación (Sperber, 2000). Aunque esto puede ser válido para la mayoría de los casos, lo cierto es que no existe ningún impedimento para que el contenido de la metarrepresentación sea un estado mental propio en lugar de uno ajeno (Balbi, 2011). Los niños desarrollarían esta capacidad de manera paulatina entre los 2 y los 5 años y esta sería innata.

Existen fundamentos empíricos y argumentos teóricos para considerar la idea de que la mente humana está diseñada para pensar acerca de la mente misma, para desarrollar inferencias mentalistas (Castaño, 2007).

Así, es esperable que una persona normal y sana adjudique determinada representación a otro de manera prácticamente automática.

La capacidad automática de las personas “normales” para juzgar estados mentales, los convierte en lectores de la mente; esto permite especular sobre las motivaciones psicológicas de la propia conducta y manipular las opiniones, creencias y actitudes de las demás personas y, al mismo tiempo, permite comprender cómo la conducta está causada por estados mentales que se pueden manipular (Castaño, 2007).

Los principales logros sociales del ser humano estarían basados en esa capacidad. Los individuos debemos atribuir necesariamente intenciones, contenidos representacionales a otros individuos para predecir su comportamiento, anticipar sus acciones y, en última instancia, evaluar nuestras propias opciones. Puede y suele haber intenciones escondidas en las acciones y las palabras del otro y si sabemos identificar cuáles son tendremos mejores posibilidades de reaccionar adecuadamente. Existe, en este sentido, una primacía del momento mental e individual por sobre el social y cultural.

La importancia de poseer una adecuada competencia metarrepresentacional radica en el

hecho de que en ella se sustenta el buen o mal desempeño en la coordinación intersubjetiva con otras personas; dicho de otro modo, ésta sirve de fundamento a la capacidad comunicativa (Martínez y Palacio, 2010: 127).

Una persona que sólo cuenta con representaciones primarias está todavía presa de la realidad y de las relaciones concretas. La representación de segundo orden brinda la capacidad de entrar en el terreno de las posibilidades y la abstracción que permiten adjudicar alguna posición al interlocutor. Perner (1991: 49) propone que la metarrepresentación debe entenderse como la capacidad de un individuo de representar relaciones representacionales. Ya no se trata simplemente de poder decir qué piensa el otro sino de entender la complejidad de la relación o relaciones entre las distintas representaciones en juego.

IV. La representación como archivo

Como se señala arriba, parece tentador definir al sistema nervioso como un espacio que es marcado por la operación de percepción. Algo sucede en el medio circundante o al propio cuerpo y el sistema nervioso queda alterado de manera más o menos permanente. Pero esto no significa que ese evento haya sido grabado de manera fidedigna. En numerosas ocasiones ha sido señalada la poca confianza que merece la memoria humana. Al recordar deformamos los eventos o podemos tener memoria de cosas que nunca sucedieron. Por supuesto, también podemos olvidar nombres y fechas. Si consideramos la efímera duración de la memoria sensitiva podríamos afirmar que olvidamos más de lo que recordamos. Además, es cierto que lo que percibimos es ya una representación. Si el elemento que aparece a la conciencia no hubiese ya marcado, dejado su impresión –o huella– sobre el sistema nervioso seríamos incapaces de percibirlo. Esto no implica necesariamente que el cerebro reciba el estímulo, lo procese y luego nos muestre la imagen. La perturbación que sufre la estructura del organismo a la que se refiere Maturana (2004), por ejemplo, está contemplada en lo que aquí se llama provisionalmente percepción.

Las modificaciones neuronales no se reconocen como surcos, marcas o huellas que se van formando en el cerebro, sino que son consideradas como un espacio en el que la información se almacena, restándole importancia así a los cambios fundamentales que ocurren en una neurona y en el sistema nervioso en general. Por esta razón, Maturana rechaza el concepto de información, ya sea cerebral, neuronal o genética. Las modificaciones afectan el comportamiento, pero eso no lo convierte en información, ni al sistema nervioso en un lugar lleno de conocimiento almacenado.

Por otro lado, la mecánica de la representación exige, por regla general, que aquello que se representa estuviese presente en algún momento. La representación se convierte entonces en una copia más o menos o fiel de ese objeto. Veo una manzana y, sin importar si la veo como realmente es, esa representación aparece frente a mí y la almaceno o la descarto. La presencia interior de la representación suplente la presencia en el exterior del objeto en cuestión. Pero lo que Derrida señala en numerosos trabajos es que lo importante no es tanto lo que aparece como lo

que no está allí. Para que podamos reconocer una manzana es necesario el efecto de todas las diferencias entre esta fruta y las demás. Y por supuesto entre esa fruta y todo lo que no es manzana.

Para que existan dos, primero debe haber una diferencia entre ellos. Incluso antes de que se dé esa diferencia debe existir una condición que permita la diferenciación y el diferir. Esta es la *différance* derrideana (1994), a la que ya no se puede entender como un origen y que tampoco es ni existe. La *différance* es, en cualquier caso, el origen no originario. De esta forma, aquello que se representa no puede ser una copia, no es más una serie de diferencias. Así, cada vez que alguien trae a la mente de manera consciente la imagen de una manzana no re-presenta alguna manzana original sino que lleva a cabo un acto totalmente nuevo en su singularidad. Cada acto de recordar no vuelve a aquel suceso, sino que está creando otro que, de alguna manera, tampoco está presente allí sino que depende de un contexto temporal y espacial.

Pero todas estas críticas aún no llegan al núcleo de la cuestión. El anti-representacionismo biologicista y el solipsismo, por ejemplo, son aún incapaces de abarcar, ignorar o superar la lógica del archivo. El ser humano se considera, incluso desde estas perspectivas, como lugar de almacenamiento. Si no acumula ya información, al menos sí guarda dentro de su cuerpo cambios y modificaciones que le permiten adaptarse al medio. No resulta una obviedad que exista realmente una división tajante entre medio e individuo. El sujeto se suele utilizar como unidad de análisis y su operar se explica en base a representaciones o información acumulada.

Nos hemos referido en distintas ocasiones a la memoria y a la función de representación sin diferenciarlas. ¿Tiene sentido distinguir entre una y otra? ¿No está la memoria, al fin y al cabo, compuesta por representaciones? No necesariamente. Por un lado, la representación está relacionada de manera más directa con aspectos como percepción, consciencia y comportamiento. El de la representación aparece como un problema un poco más complejo. Por otro lado, existen propuestas anti-representacionistas como la de Maturana y Varela (1984, Maturana y Mpodozis 1987) o la Bennett y Hacker (2003, Bennett, Hacker y Searle, 2007). Estos autores rechazan la idea de que los seres humanos necesitemos representaciones para operar sobre el mundo y relacionarnos mutuamente. No podremos abordar aquí con detalle estas posiciones pero es necesario señalar que aunque rechacen que los seres humanos tenemos representaciones en nuestras mentes o cerebros, no niegan que exista la memoria entendida como modificaciones que ocurren en la organización del sistema nervioso de los individuos. A pesar de las diferencias señaladas, estos autores continúan pensando en el individuo como un archivo en sentido derrideano. Desde una posición radicalmente distinta, el inconsciente colectivo propuesto por Carl Jung también puede considerarse un tipo de archivo, particularmente interesante porque excede todos los inconscientes individuales, se ve modificado por estos y porque resulta sumamente difícil señalar el lugar en el que este se encuentra. Resulta relevante aquí porque señala que el archivo no tiene porqué ser individual. Esa es una construcción social y política necesariamente violenta y que denota cierto uso de poder. En cualquier caso, lo que todo esto demuestra es que el archivo excede a la representación aun cuando las representaciones mentales o cerebrales sean casos concretos de archivos.

¿Qué sentido tiene analizar las representaciones como archivos? Por un lado, aunque Derri-

da da cuenta de las implicaciones históricas, arqueológicas y políticas de los procesos de archivo, poco menciona sobre lo que significa que el individuo sea considerado como un archivo. Sólo marca los esfuerzos que el psicoanálisis lleva a cabo para cuestionar ese proceso, aun cuando es cierto que también ha hecho mucho por naturalizarlo. Por otro lado, es posible leer en Mal de Archivo una especie de teoría (en un sentido necesariamente muy débil) derrideana de la representación. En textos como Envío (1982), El teatro de la crueldad y la clausura de la representación (1989) y Firma, acontecimiento y evento (1998) parece más preocupado por liberar a la representación de la cosa representada que por explicar cómo es que el error metafísico tiene lugar. En cambio, Mal de Archivo ofrece elementos que permiten interpretar la adjudicación de representaciones. Y esto es interesante porque precisamente en Envío Derrida (p. 301) señala que en determinado momento de la obra de Wittgenstein encontramos una teoría de la representación y que él mismo no tendría una propuesta similar. Se refiere concretamente a la llamada Teoría Figurativa o Pictórica del significado desarrollado en el *Tractatus logico-philosophicus* (1922).

Nada de lo que Derrida afirma en Envío es modificado por lo que propone luego en Mal de Archivo. Envío deconstruye la figura clásica de la representación. Señala que esta es vista como una presencia que viene a suplir a otro elemento que ya estuvo plenamente presente en algún momento del pasado. En Mal de Archivo no repite el planteo pero nada indica que hubiese cambiado de opinión al respecto. En lugar de representaciones, lo que tenemos son envíos. Estos envíos no son propiamente pasivos ni activos, no son producto de algún agente y no reemplazan nada. No son comienzo ni origen. Tampoco son delegaciones ni remiten a algo que exista antes que ellos. En muchas propuestas representacionistas nos encontramos con que distintos representantes representan, en definitiva, el mismo contenido. Derrida no acepta esto, lo considera un prejuicio metafísico. El envío es pre-ontológico (p. 324), no es igual a sí mismo y está siempre abierto a infinidad de interpretaciones. De hecho, su característica principal es que no puede ser entendido fuera de un contexto. La representación refiere siempre a algún elemento por algún tipo de vínculo entre lo que representa y lo representado pero un envío no puede entenderse sin un contexto, no es nada fuera de él. De hecho, sólo tenemos contextos. Esta es una de las premisas fundamentales del trabajo deconstructivo.

Apoyándose en Heidegger, el filósofo argelino francés afirma que no se trata de desterrar para siempre la representación del ámbito científico o filosófico, cosa imposible por otro lado, sino de abrir nuevas posibilidades. De manera más precisa, se trata de evitar la clausura interpretativa que la misma representación impone.

El hecho de que haya representación o Vorstellung no es, según Heidegger, un fenómeno reciente y característico de la época moderna de la ciencia, de la técnica y de la subjetividad de tipo cartesiano-hegeliano. Lo que sí sería característico de esta época en cambio es la autoridad, la dominación general de la representación. Es la interpretación de la esencia del ente como objeto de representación. Todo lo que deviene presente, todo lo que es, es decir,

todo lo que es presente, se presenta, todo lo que sucede es aprehendido en la forma de la representación (p. 310) .

Luego, como todo aquello con lo que el hombre se relaciona es representación, el sujeto mismo pasa a ser representación, incluso por encima de emplazamiento de representaciones (pp. 314-315). Quizás esto fuese válido en un momento (deliberadamente evito hablar de época) y en un lugar en el que la lingüística era la ciencia a imitar. Pero el auge de la neurociencia cognitiva brinda otro panorama.

En *Mal de Archivo* Derrida se pregunta ¿cuál es el momento exacto de fundación del archivo? ¿Es posible pensar tal cosa? Si bien no da una respuesta definitiva sugiere que es el instante en que se guarda aquello que se escribió o realizó, como en un programa de computadora (p. 33). Como se ve, no se trata de que lo que sucede quede de alguna manera registrado en el tiempo, se hace necesaria una operación de resguardo (con las características que se mencionaron al comienzo del apartado) para que se cree un archivo.

Porque si a un nivel pre-ontológico sólo se puede hablar de lo que Derrida llama envíos, ¿cómo se convierten estos en representaciones cuando la filosofía, la ciencia o lo que hay de metafísico en el sentido común se apropian de ellos? Se adjudica al envío un emisor, sea este un sujeto o un objeto. Entonces un receptor capta este envío como información y la almacena. Las representaciones alojadas en el sistema nervioso y traídas a la conciencia sirven para llevar a cabo nuevos comportamientos que eventualmente serán registrados por otro individuo o tal vez por el mismo autor. Esta propuesta es eminentemente archivadora.

El archivo estaría en el cuerpo, dentro del cuerpo, en un lugar escondido, pero cuyas consecuencias sólo pueden hacerse evidentes al observar el comportamiento externo. Puede afirmarse que la representación esté localizada en alguna estructura cerebral o que esta se encuentra distribuida en un acotado conjunto de neuronas –como sucede con los sistemas funcionales de Luria o las representaciones de Damasio–. En la medida en que existe capacidad de recuperar esa información, traerla a la conciencia ésta se encuentra escrita en el interior del individuo. No se trata ya que la mente esté dentro o surja del sistema nervioso. El materialismo más acérrimo y anti-mentalista necesita muchas veces de un cierto orden en la escritura, un patrón que permita la cognición. Este orden está dado por las distintas funciones de las estructuras o finalidades de las variaciones fisiológicas, pero también por los mecanismos mentales propuestos por distintos psicólogos cognitivos. Si es el archivo el que determina qué es –y por ende lo que no es– archivable, aquello que no se guarde en o dentro del cerebro no puede estar en ningún lugar. Si el pasado se conserva en calidad de representación el futuro aparecerá sólo como representación.

En este punto tenemos en claro cuáles son los procedimientos o técnicas mediante las que se archiva. Estos pueden ser mecanismos cognitivos o procesos neurofisiológicos. Hemos identificado el espacio en el que se produce el almacenamiento; mente o sistema nervioso. Es en el tercer punto, el del arconte donde parece que la noción de archivo puede aportar más. El acto de asignar representaciones es lo que los psicólogos cognitivos llaman metarrepresentación y es precisamente ese el acto *arcóntico*.

V. El archivo como metarrepresentación

Estamos acostumbrados a pensar que las personas guardan dentro sí representaciones o información. Parece de sentido común. Sin embargo, existen propuestas teóricas que no consideran al individuo como unidad de análisis y que evitan convertir al ser humano en un archivo, o al menos en el archivo por excelencia. Anteriormente se señaló que el psicoanálisis junguiano abre otras alternativas. La posición del último Wittgenstein en torno a los juegos del lenguaje también demostraba que el mecanismo psicológico de la representación no es, en principio, imprescindible. El estructuralismo, la teoría de sistemas, las perspectivas ecológicas y, de manera aún más radical, la ontología relacional estudian el comportamiento humano sin necesidad de convertir al hombre en un archivo. Para estas teorías el archivo es otro, el espacio y el procedimiento de grabado son más amplios y de alguna manera comprenden al hombre como un elemento más. El poder *arcóntico* que instituye allí es el que brinda el aval científico o filosófico. Pero no pasa exactamente lo mismo en el caso de la metarrepresentación.

Un individuo realiza una inferencia sobre la representación o las representaciones de la otra persona sin poder confirmar ni descartar jamás la exactitud de esa metarrepresentación. Los actos de ese sujeto pueden indicar que la metarrepresentación es adecuada si produjo los resultados esperados o pudo predecirlos con relativa precisión. Por el contrario, puede verse obligado a adaptar la primera metarrepresentación si el comportamiento no coincide con la representación adjudicada. Cualquiera sea el caso, resulta imposible verificar con absoluta certeza la fidelidad de dicha metarrepresentación. Los más refinados experimentos están condenados a fracasar por la sencilla razón de que no tenemos acceso directo a una mente ajena. Siempre puede haber alguna otra explicación, alguna otra representación que provoca que el individuo actúe de la manera en que lo hace. La misma propuesta científica de la metarrepresentación parece inverificable. Las disputas con los anti-mentalistas señalan que el representacionismo se asemeja más a una matriz disciplinar (Kuhn, 2000) que a un resultado al que se haya arribado con evidencia empírica. Cuesta tanto imaginar un experimento que confirme sin lugar a dudas que operamos con metarrepresentaciones como un resultado que obligue a descartar dicha propuesta teórica.

Nos encontramos, entonces, con que la propuesta de la metarrepresentación conlleva dos actos de violencia archivadora. El primero es propio de la propuesta científica y consiste en asumir que las personas actúan en base a representaciones y que necesitan realizar inferencias sobre las representaciones de otras personas en lugar de, por ejemplo, participar en juegos del lenguaje. En este punto también reducen de manera explícita o implícita el fenómeno social a interacción entre individuos que poseen sus propias representaciones y representaciones sobre las representaciones de otros. El segundo acto de violencia es la misma metarrepresentación como acto cognitivo y se trata de adjudicar representaciones a otros individuos que pueden o no tenerlas. Desconocemos lo que otro individuo siente y piensa pero estaríamos obligados a realizar inferencias sobre sus pensamientos. De hecho, podemos hacerlo con el respaldo de una teoría científica. Lo que resulta preocupante es que jamás podremos falsar esa creencia. El alter-ego no tiene, en principio, derecho a réplica. Pero también nos encontramos con que las acciones, los dichos y los gestos son reunidos bajo la figura de un autor. Los envíos son

retomados y atribuidos a un agente que los habría maquinado, (pre) meditado y actuado en consecuencia. La representación afirma de algún modo la existencia (como presencia) de un objeto o fenómeno, pero la meta-representación viene a afirmar la existencia (como presencia) de un sujeto.

Desde que hay lo Uno, hay asesinato, herida, traumatismo. Lo Uno se guarda de lo otro. Se protege contra lo otro, mas, en el movimiento de esta celosa violencia, comporta en sí mismo, guardándola de este modo, la alteridad o la diferencia de sí (la diferencia consigo) que le hace Uno. Lo “Uno difer(i)ente de sí mismo”. Lo Uno como lo Otro. A la vez, al mismo tiempo, mas en un mismo tiempo disjunto, lo Uno olvida volver sobre sí mismo, guarda y borra el archivo de esa injusticia que él es. De esa violencia que hace. Lo Uno se hace violencia. Se viola y violenta, mas se instituye asimismo en violencia. Llega a ser lo que es, la violencia misma –que él se hace de este modo (1997: 86).

El archivo tiene un formato y este determina lo que debe ser conservado, lo que puede ser resguardado y aquello que es demasiado diferente al formato como para ser archivado. El archivo trae un orden a aquello que parece caótico, pero el precio es que el orden es único. El pasado se hace uno, también el presente y el futuro.

Esta es la razón por la que se afirmó que el archivo es archi-político. El archivo sienta las bases de la dinámica política, cualquiera sea esta. El poder *arcónico* establece la forma en la que se accede al conocimiento y se detenta el poder. Pero también define la manera en la que se relacionan los individuos al determinar quiénes y cómo acceden al archivo. Surge, en este sentido, una pregunta que sólo podremos plantear aquí. ¿Puede el concepto de metarrepresentación cognitivo surgir y obtener reconocimiento académico de manera independiente al individualismo en boga en nuestro mundo postmoderno globalizado?

Como se ve, el archivo derrideano es capaz de dar cuenta de la propuesta ontológica y epistemológica pero también política que subyace tanto a la representación como a la meta-representación. En este sentido es posible considerar al archivo como metarrepresentación. Abarca su lógica y la ubica en una propuesta teórica que la comprende. Cabe aclarar que esta crítica (deconstrucción) no invalida ninguna perspectiva representacionista ni se constituye en una refutación de la metarrepresentación cognitiva. El acto de violencia metafísica es inevitable, lo llevamos a cabo cuando investigamos pero también cuando hablamos al otro o del otro. Lo que este trabajo pretende señalar es que propuestas científicas de esta índole no son de ninguna manera neutras a nivel político ni emergen de una posición epistemología inocente. Ese error es precisamente el mal de archivo.

VI. Falacia genética y el porvenir del archivo

Para finalizar abordaremos dos problemas. El primero es la posible crítica que puede recaer sobre el archivo derrideano como falacia genética. El segundo tiene que ver con el desarrollo del archivo en tiempos de Internet. Por un lado tenemos el pasado del archivo y por otro su futuro.

Tomaremos aquí la definición de falacia genética brindada por Searle en su libro *La Mente*. Una breve Introducción (2004). El filósofo norteamericano afirma haber comprendido gracias a la lectura de cierto trabajo que la única forma de argumentación que posee un autor posmoderno es la de la falacia genética. Esta

consiste en suponer que una descripción causal que explica la génesis de una creencia, su modo de adquisición, muestra con ello que la creencia es falsa (p. 333).

Searle aclara que aunque se refirió concretamente a creencias, la forma de la falacia es generalizable. El que comete la falacia considera que mostrar las causas o las condiciones en las que algo se considera verdad equivale a refutar esa creencia o tesis. Este tipo de falacia habría sido de uso común sólo en el freudismo y el marxismo. En el momento en el que Searle escribió el libro consideraba que el posmodernismo la habría recuperado.

La propuesta derrideana del archivo no parece ser ese tipo de falacia, sobre todo porque no juega con esas reglas, por el contrario, las cuestiona. Pone en duda cualquier tipo de origen y denuncia que habría sido la metafísica de la presencia la que propuso sistemáticamente y dependió siempre de distintos tipos de orígenes o génesis. La filosofía –y lo que hay de filosófico en la ciencia– identifica epistemológica u ontológicamente un origen porque este actúa condicionando el presente y validando los descubrimientos realizados. La noción de archivo tampoco pretende demostrar la falsedad o veracidad de una creencia, concepto o teoría. Precisamente deconstruye dicha oposición –verdadero/falso. Si algo se constituye en evidencia es sólo gracias a la validez de determinado archivo. Derrida advierte sobre la violencia de la archivación pero reconoce al mismo tiempo que es ineludible. Si se debe evitar la unificación de criterios, de archivos es porque es la única forma de asegurar el porvenir.

Uno de los puntos fundamentales del trabajo de Derrida sobre el archivo es que no tiene un concepto definitivo porque este cambia a lo largo del tiempo. Pero el archivo es también el aval del porvenir (26). No se trata sólo de una incapacidad epistemológica. El mismo cambio de archivos deconstruye. Puede que un nuevo archivo se vea afectado necesariamente por el mal que lo conduce al olvido, pero el mismo movimiento, en su apertura infinita, deconstruye la metafísica de manera radical. Mucho más de lo que puede hacerlo un simple artículo.

Derrida se hace una pregunta muy interesante: ¿cómo hubiese cambiado la historia del psicoanálisis y de su producción si en lugar de correo convencional hubiesen tenido a su disposición correo electrónico? Y en este sentido, ¿por qué nuestras representaciones sobre el proceso de representación no cambian en tiempos en que internet y las tecnologías asociadas a ella han desarmado cualquier noción de originalidad? ¿No ha cambiado ya la forma en que los individuos almacenan y se representan la información gracias a todos los dispositivos de los que se dispone y con gente grabando en sus iPhones lo que sucede a cada momento o dejando

registro de sus ideas a cada hora en Facebook o Twitter?

Puesto que si las conmociones en curso afectaran las estructuras mismas del aparato psíquico, por ejemplo, en su arquitectura espacial y en su economía de la velocidad, en su tratamiento del espaciamento y de la temporalización, ya no se trataría de un simple progreso continuo en la representación, en el valor representativo del modelo, sino de una lógica absolutamente distinta (Derrida, 1997:23).

Tal vez no sea necesario que el discurso académico o científico sobre la representación cambie si ya estamos observando cómo en la práctica cotidiana se ponen en duda las clásicas nociones de identidad –cuentas falsas de Facebook, cuentas de Twitter de figuras políticas que no son manejadas por ellos, cambio de hábitos gracias al anonimato que brinda la web–, presencia –videoconferencias pero también la participación simultánea de un mismo individuo en muchos ámbitos– y autoría –programas, textos y juegos modificados grupalmente por individuos que apenas se conocen. Puede que todas estas prácticas no desarmen la metafísica de la presencia –¿quién podría hacerlo? – pero participan en ese permanente devenir –o porvenir– que no es ya dialéctico sino deconstructivo.

Notas

¹ Se refiere a la propuesta propiamente filosófica de que existe algún fundamento último para la especulación que se manifiesta de forma inmediata. “Presencia de la cosa para la mirada como eidos, presencia como sustancia/esencia/existencia [ousia], presencia temporal como punta [stigma] del ahora o del instante [nun], presencia en sí del cogito, conciencia, subjetividad, co-presencia del otro y de sí mismo, intersubjetividad como fenómeno intencional del ego, etc.” (Derrida, 2005: 19).

² Mecanismo neuronal propuesto para explicar la memoria a largo plazo (Morgado, 2005).

³ Aquí se refiere a la página en la que aparece esta cita en la versión inglesa disponible al momento de realizar este trabajo. Sin embargo, la traducción corresponde a Derrida, J. (1996) “Envío”, En. La deconstrucción en las fronteras de la filosofía, Madrid: Paidós. Disponible en Derrida en castellano. <http://www.jacquesderrida.com.ar/textos/envio.htm>

⁴ Probablemente Bauerlein, M. (1997) *Literary Criticism: An Autopsy*, Filadelfia: University of Pennsylvania Press.

Referencias

Balbi, Juan (2011) “Metarrappresentazione affettiva tacita e senso di identità personale. Un approccio alla comprensione delle gravi patologie psichiatriche dell’adolescenza e giovinezza”, *Rivista di psichiatria* Vol.46 N° 5, pp. 337-342.

Bennett, Max R.; Hacker, Peter (2003) *Philosophical Foundations of Neuroscience*, EEUU: Blackwell Publishing.

Bennett, Max R.; Hacker, Peter; Searle, John (2007) *Neuroscience and Philosophy*, EEUU: Columbia University Press.

Chavez Castaño, Liliana (2007) "Juegos de ficción, juegos electrónicos y metarrepresentación infantil", *Revista Psicoespacios*, Vol. 2, N. 2, pp. 57-83.

Culler, Jonathan (1982) *On deconstruction*, EEUU: Cornell University Press.

Derrida, Jacques (1982) "Sending: On Representation", *Social Research*, vol. 49, pp. 294-326.

Derrida, Jacques (1989) "El teatro de la crueldad y la clausura de la representación", *La escritura y la diferencia*, España: Anthropos.

Derrida, Jacques (1994) "La Différance", *Márgenes de la filosofía*, España: Cátedra.

Derrida, Jacques (1997) *Mal de Archivo. Una impresión freudiana*, España: Trotta.

Derrida, Jacques (1998) "Firma, acontecimiento, contexto", *Márgenes de la filosofía*, España: Cátedra.

Derrida, Jacques (2001) *La Tarjeta Postal: de Sócrates a Freud y más allá*, México: Siglo XXI.

Derrida, Jacques (2005) *De la Gramatología*, Argentina: Siglo XXI.

Higuita Martínez, Juan David; Gómez Palacio, Germán David (2010), "Metarrepresentación e interacción evaluativa". *Revista de la Facultad de Psicología Universidad Cooperativa de Colombia*, Vol. 6, pp.126-131.

Kandel, Eric (2001) "The Molecular Biology of Memory Storage: A Dialog Between Genes and Synapses", *Bioscience Reports* 24, pp. 565-611.

Kuhn, Thomas (2000) "Posdata". En *La estructura de las revoluciones científicas*, México: Fondo de Cultura Económico.

Luria, Alexander (1987) *Introducción evolucionista a la psicología*, España: Ediciones Martínez Roca.

Maturana, Humberto; Varela, Francisco (1984) *El árbol del conocimiento*, Chile: Editorial Universitaria.

Maturana, Humberto; Mpodozis, Juan Marín (2004) "Percepción: configuración conductual del objeto". En Luzoro García, J. (Comp.) *Desde la Biología a la Psicología*, Argentina: Editoriales Universitaria y Lumen.

Morgado, Ignacio (2005) "Psicobiología del aprendizaje y la memoria: fundamentos y avances recientes", *Revisión en Neurociencia* vol. 40, pp. 289-297.

Nolan, Christopher (Director) (2000) *Memento*, EEUU: New Market Films.

Perner, Joseph (1994) *Comprender la mente representacional*, Argentina: Editorial Paidós.

Rorty, Richard (1993) "¿Es Derrida un filósofo trascendental?", En *Ensayos sobre Heidegger y otros pensadores contemporáneos. Escritos filosóficos 2*, España: Paidós.

Searle (2004) *La mente. Una breve introducción*, Bogotá: Norma.

Soca, Ricardo (2006) *Nuevas fascinantes historias de las palabras*, Uruguay: Artes Gráficas S.A.

Sperber, Dan (2000) "Metarepresentations in an evolutionary perspective", en *Metarepresentations: A Multidisciplinary Perspective*, EEUU: Oxford University Press.

Wittgenstein, Ludwig (1922) *Tractatus Logico-Philosophicus*, EEUU: Hartcourt, Brace & Company.

Young, John Zachary (1978) *Programs of the Brain*, EEUU: Oxford University Press.

Franco Frare

francofrare555@hotmail.com

Licenciado en Psicología por la Universidad Nacional de Córdoba. En la actualidad es alumno en la carrera de Doctorado en Psicología por la misma universidad. Es miembro de proyecto de investigación radicado en la misma universidad. Su área de especialización se orienta hacia estudios sobre epistemología y el pensamiento de Derrida.